

en otra, sectas religiosas entre los britanos, y entre los franceses también sectas filosóficas; el extremo de los niveladores por un lado y el extremo de los irlandeses por otro en la Gran Bretaña, cual en Francia, la grande y poderosa nación, los extremos de montañeses y de vendeanos; complicaciones múltiples con los Reyes respectivos; amenazas de estos Reyes al pueblo en uno y otro Estado, en uno y otro tiempo; luchas del Parlamento con ambas coronas y de ambas con el Parlamento; regios desórdenes y despilfarros económicos; la reacción arriba y la revolución abajo en una y otra tierra. El Rey de Inglaterra, perseguido como el Rey de Francia, y atormentado como el Rey de Francia y de su familia dividido y separado como el Rey de Francia, subiendo al cadalso como el Rey de Francia subía en aquellos primeros días del trágico noventa y tres. Tal consonancia de los hechos humanos, tal repetición de los mismos fenómenos sociales en climas tan diversos y en tiempos tan apartados, tales sendas apariciones de ideas y de afectos tan análogas en dos colectividades tan opuestas, debían mostrar al Rey que la sociedad tiene sus estaciones como la naturaleza, y que surgiera la revolución de un medio ambiente, aglomerado por los siglos, al cual medio ambiente habían todos contribuido, enseñándole á una estos fenómenos sociales no ser tanto hechura lo que le pasaba de los revolucionarios cuanto hechura de la Providencia y del Destino. Toda la estética inspirada por el Renacimiento, y toda la filosofía inspirada por el espíritu moderno, y todos los movimientos religiosos extendidos desde Cristo hasta Savonarola, y desde Savonarola y Lutero hasta nuestros tiempos; habían hecho en sus respectivas sazones la revolución británica y la revolución francesa, sin que nadie pudiera conjurar las tempestades encerradas en el seno de las nuevas ideas y nadie pudiera impeler atrás el eterno río de los tiempos. Pero Luis XVI, nacido con la idea de su derecho á mandar, tenía de la revolución un falsísimo concepto; el concepto de que la promovieran pensadores sin fe y la perpetraran revolucionarios sin seso, levantándose unos y otros contra las leyes divinas y humanas, contra las leyes así de la sociedad como de la naturaleza. El derecho era él, y él era también el Estado.

Daban las dos en la tarde del veinte, cuando aparecieron en el calabozo los delegados de la comisión ejecutiva, notificando al Rey su capital sentencia. Mencionada esta en varias líneas de nuestra obra, no la reproducimos, pues tócanos ahora historiar tan sólo el efecto que la notificación hiciera en el Rey, efecto sabido por las memorias de Clery, por las declaraciones de los comuneros, por los relatos que estos mismos comuneros y los delegados de la comisión ejecutiva hicieran para elevarlos al conocimiento de la Convención. Ya sabemos como ésta, llamando á Luis XVI último Rey de Francia, le declaraba culpado de conjura manifiesta contra las libertades públicas y de maquiavélico traidor atentado á la seguridad del país; ya sabemos que rechazaba las apelaciones á la nación presentadas por los regios defensores; ya sabemos que negaba también todo plazo al cumplimiento de la sentencia; ya sabemos que declinaba este cumplimiento en la comisión

ejecutiva, quien dispuso con toda solemnidad se cumpliera el veintiuno de Enero en el espacio llamado Plaza de la Revolución y junto al roto pedestal de Luis XV, á las doce de aquella mañana, por lo cual partiría el Rey de su torre á las ocho; ya sabemos todo esto, porque todo esto lo hemos referido, por lo menos apuntado, en otras diversas partes de nuestra meditada historia. Lo que necesitamos saber ahora, repito, es la impresión hecha por estas notificaciones en el ánimo de Luis. Parece imposible; jamás serenidad semejante se ha visto, ni entre aquellos que fueron los primeros mártires y desalados marcharan al martirio. No había en esta serenidad angustia nada de inconsciente, nada de indeliberado, como no había tampoco nada de teatral y artificioso; todo aparecía en ella producto de un carácter tranquilo, de una voluntad recta, de una conciencia clara. Según Luis XVI, había nacido su persona con derecho á mandar y sus vasallos con obligación á obedecer; y así creíalo todo lícito á su autoridad delegada de Dios, mientras las intervenciones de la nación en el Estado creíales criminales y rebeldes: por lo cual ningún remordimiento le asaltara, ninguno, á los errores pensados y á los crímenes cometidos en defensa de su autoridad heredada y de sus divinos privilegios. Mucho se inmutó al oír cómo le llamaban fautor de conspiraciones, cuando él se creía víctima: pero esta inmutación, conocida en su rostro por haberse desencajado un minuto, tornóse plácida y regocijada y tranquila emoción, al verse condenado á muerte, porque la muerte aquella, la muerte violenta en el suplicio, la muerte de mártir, le abría el cielo y le premiaba con una eterna bienandanza. ¡Caso raro! Luis no parece un suicida, como aquellos que buscan en el sepulcro un lecho, donde pasar tranquilos el sueño perdurable de la eternidad, que todos los dolores acalla y todos los males conjura; Luis apreciaba el valor de la vida; tenía en mucho los privilegios de su corona y los derechos de su cargo; amaba con amor exaltado á su mujer, á sus hijos, á sus hermanos todos; gustaba de la naturaleza y del campo; con los jardines mucho se holgaba; de los homenajes públicos mucho se envanecía; hubiera con placer vivido y reinado largo tiempo; mas, al tropezar con aquel Tabor que menos podía presumir en su infancia y en su juventud, al tropezar con el ara de un martirio, no buscado, impuesto, lo aceptó, como si el cuchillo de la guillotina, fuese la llave que le abriera los senos de la gloria en este y en el otro mundo. Así que se concluye la triste lectura del decreto, Luis lo tomó indiferente de manos del que lo había leído, y sacando una cartera del costado lo guardó, extendiendo, como en respuesta, corto papel, en que demandaba un plazo de tres días para prepararse al eterno viaje; una comunicación libre con todas las personas de su familia, comunicación verdadera y sin testigo alguno; un ortodoxo confesor á quien se le asegurase verdadera indemnidad por sus religiosos auxilios; la inmediata libertad de su familia inocentísima; el pago por la República de todas las pensiones decretadas por la monarquía; pues adquiriéndose los cargos públicos entonces á título oneroso, muchos empleados de la casa real pusieron sus economías en el negocio llamado venta de

oficios, y vivían entonces, niños, mujeres, ancianos, en la mayor miseria. Como Garat presidiera la comisión notificadora, por ministro de Justicia, tomó tal papel de manos del Monarca, quien añadió, para el evento de concederle confesión y confesor, el nombre de este último, abate Firmont, habitante calle de Bac número cuatrocientos ochenta y tres. Así comenzó lo que podíamos llamar la capilla de aquel reo.

La escena ni pudo ser más natural ni pudo ser más trágica. Como Luis no fingía, incapaz en aquel momento de todo artificio; su naturalidad iba poco á poco imponiéndose á todos. Inútilmente se le dirigían por los esbirros allí congregados toda clase de blasfemias, parecidas á las lanzadas por los judíos al rostro de Cristo, cuando exclamaban «si eres hijo de Dios, desciende de esa cruz; en vano el conserje de la torre llevaba sus irreverencias al punto de arrellanarse y dormir y roncar en el mismo sillón designado al Rey dentro de su cárcel; en vano el ministro de Justicia entraba en esta con el sombrero calado, llamando al Borbón Capeto; en vano el comandante de la milicia, Santerre, se regocijaba y sonreía en medio de la notificación, como si se tratase de matar un cordero en una huelga; en vano los dos vigilantes recién designados, viejo picapedrero el uno y joven afeminadísimo el otro, idos voluntarios á cumplir este cargo, cuando todos lo reuhían, aseguraban no trocar aquello por ningún dinero, anhelantes de ver la mueca última del último Rey; todos estos horrores iban á estrellarse contra la majestad natural que veía serena y sonriente acercarse la muerte, como si no pudieran despojarla de su inmortalidad. Escritores de aquellos que atizaban todos los incendios, que bebían sangre á todas horas, que se declaraban regicidas por gusto, que ponían listas de muerte ó proscripción en sus diarios donde constaban todos sus enemigos, que intentaban prestar á Francia su propio temperamento demagógico; Hébert, entre otros, infame autor del libelo llamado «*Tio Duchesne*, en cuyas páginas se promovía con premeditación la matanza, nos ha transmitido relatos de la increíble actitud del Rey en este momento, cuyas menores incidencias guardará con celo y con cuidado, la Historia. Sustituto del procurador de la Comunidad, cuenta cómo quiso presenciar la lectura del convencional acuerdo ante su desgraciada víctima. Luis, en el relato de tal Hébert, escuchó con imperturbable sangre fría el fin y término de su juicio. Concluida semejante lectura, sin mostrar extrañeza, y menos rencor, como si todo lo hubiera de antemano sabido, pidió su familia, sus abogados, su confesor, todo cuanto pudiera darle algún alivio y consuelo en la suprema hora. Su mística unción en el acento, su dignidad regia en la incomparable actitud, su nobleza, no estudiaba no aprendía en los ademanes y en los gestos, la grandeza de su porte, la elevación de sus palabras impusieronse por tales términos y con tal imperio, que lloró Hébert, aquel escritor tigre. Con efecto, cuando se acepta el dolor de grado y se ve llegar la muerte con serena sonrisa y se dicen palabras nacidas de un corazón entero y se muestra fortaleza incontrastable y segura esperanza en la eternidad, el martirio y el mártir pasan de lo humano á lo sobrehumano, é

imponen hasta en el ánimo de los más rebeldes un verdadero culto á su persona sobrenatural y á su holocausto y sacrificio sublimes. Copiemos á Hébert; porque su escrito gana más copiándolo que refiriéndolo; y porque nos notifica con verdadera sinceridad aquel acto, que nunca pasará en los futuros tiempos y nunca olvidarán las futuras generaciones. «Retirábame de aquel grupo, el escritor dice, queriendo retener mis lágrimas, las cuales, mal de mi grado corrían, y resuelto á concluir allí mi oficio político. Embargado por cuanto pasaba, el corazón abrí á uno de mis colegas, quien tampoco tenía firmeza bastante para continuar su respectivo ministerio y le dije con mi franqueza ordinaria y habitual: «amigo» mío, los curas pertenecientes á la Convención, votantes por la muerte del Rey, aunque la «santidad incommunicable de su carácter se lo prohibiese, han verdaderamente compuesto «la mayoría que nos desembaraça y nos redime del tirano. Pues bien, que sean curas constitucionales los que conduzcan éste al cadalso, pues solamente curas constitucionales «tienen la ferocidad que se necesita para desempeñar empleo semejante. Con efecto; mi colega y yo decidimos serían dos sacerdotes municipales, Jacques Roux y Jacques Claude Bernard, los que condujeran á Luis á la muerte». La comunidad acordó en un principio sacar á suerte los dos comisarios acompañantes del Rey en su viaje último por la capital; pero como nadie quería le tocara en suerte un cometido tan extraño, decidieron cumplir la voluntad de Hébert y su colega, diputando á Roux y Bernard para que fuesen los vigilantes del Rey hasta la escalera del suplicio».

Tras la escena terrible de aquella notificación espantosa, el Rey se quedó solo. Y en esta soledad disminuyó el dominio ejercido por sus nervios antes, en presencia de un público, escaso, pero escogido, como el que lo rodeara en el trágico momento de la notificación. La prueba de su nerviosidad se patentiza en la inquietud de sus movimientos. No sabía qué hacer. Ya se paraba meditabundo como un arrobado pensador; ya discurría precipitadísimo por todas partes como si alguien le persiguiese. Por hacer algo, entraba en el cuarto de guardias; y por decir algo, dirigía la palabra sin empacho á los esbirros feroces. Ninguno tan repugnante como aquel picapedrero, Mercereau, requeridor del cargo de vigilante por holgarse con la pena del reo, cuando todos los comuneros, á un afecto de humanidad muy explicable, rehuían y rehusaban presenciar tan horroroso espectáculo. En el cuerpo de guardias pendía de las paredes un grande tablón, donde se hallaban inscritos en letras áureas los derechos del hombre, según los formulara la célebre Asamblea del ochenta y nueve. Y, entre los grandes principios contenidos en aquellas líneas, expresivas de los humanos progresos, veíase dogma tan justo como el dogma de que nadie puede ser perseguido sino por leyes promulgadas y por jueces nombrados antes de la perpetración de su delito. Luis, resistente un día, día terrible en su reinado, á sancionar estos progresivos principios, encontró su verdad y su justicia cuando tal verdad y tal justicia cedían en pro de su persona y de su casa. Este muy tardío reconocimiento prueba cuán poco

aquel Rey, en lo moral sobrehumano durante todo aquel trance trágico; en lo intelectual se levantaba sobre las especies inferiores. El animal sólo se cura de aquello que, útil por adivinación de sus instintos aparece á la propia vida en el egoísta y limitado interés propio. Pero el hombre, según los caracteres divinos de su razón humana, tendiendo siempre á lo universal y á lo infinito, no proclama la verdad y la justicia de un principio por el bien propio, las proclama por el bien y la salud de todos, aunque tal principio pugne con sus propios egoístas intereses. Reconociendo Luis, en aquel momento de su vida, la declaración de derechos humanos que no quiso en las alturas de su trono sancionar, se acusó á sí mismo, y justificó, hasta cierto punto y de cierta manera, la suprema situación, á que lo arrastraran sus resistencias y sus combates al progreso. Si Mercereau, el picapedrero, á quien Luis con el dedo señalaba la declaración en cuanto le concernía, fuera un hombre de mediano estudio y de mediano entendimiento, dijérase como tales artículos entraran en las costumbres y dieran sus buenos frutos á los Monarcas mismos, de no haberse con manifiesta sinrazón empeñado éstos en conservar su antiguo absolutismo, entonces imposible. Tras estas consideraciones, brotadas en la inteligencia del Rey, surgieron los afectos naturales de aquel su grande corazón. Aquí, en la esfera del sentimiento moral, Luis no tenía émulos ni rivales. Mártir de nacimiento levantaba su frente sobre todos por los resplandores divinos del martirio. Así recordó sus hijos, su mujer, su hermana, en aquel trance; y quiso verlos á la intensidad de un deseo que tanto le honraba y enaltecía, como abrazarlos y de ellos despedirse en la suprema hora del martirio. Cuando se trataba de los suyos no creía humillarse, pidiendo cuanto en su favor decía de veras, y pidiéndolo á sus perseguidores y á sus verdugos. Así rogó á Mercereau le franqueara las puertas y le facilitase los pasos, indispensables para ver á su familia. Mercereau, encastillado en su consigna, dijo al Rey, no tener ni orden, ni permiso para cumplir tal cometido. Otra vez volvió Luis á los principios revolucionarios, él, víctima de la revolución. Nada prueba tanto la justicia de tales principios como que sus enemigos los invoquen y aclamen siempre que los necesitan, pues universales y humanos, á todos favorecen y á todos sirven, si la madre sociedad no ha de ser una terrible madrastra. Tenía, pues, razón el Rey cuando replicaba en sus respuestas á las excusas del picapedrero, que si la ley permite lo que no prohíbe, teniendo él un derecho natural á la comunicación perpetua con los suyos, nadie podía privarle de tal derecho, inscrito además en la Constitución francesa y en las leyes reguladoras del hogar y de la familia. Mercereau alzó los hombros; Luis continuó los paseos.

En estos paseos topó el Rey con Clery, su ayuda de cámara, quien, desde la notificación, rígido y luctuoso, parecía una estatua, y una estatua fúnebre. Muy avanzada la tarde, y entrando ya la noche, pidió el Rey su comida. Clery obedeció y se puso con el mismo cuidado de siempre á prevenir y arreglar la mesa. En estas, aparecieron los esbirros á la

puerta del cuarto donde Luis se hallaba, y le notificaron que no podía servirse, ni de tenedores, ni de cuchillos, en su comida, necesario para comer de apelar á su ayuda de cámara, quien tenía un instrumento cortante para despedazar los alimentos y cortar el pan, instrumento que le sería retirado, así que concluyera la comida. Luis XVI y Clery, acostumbrados á tantos vejámenes y molestias, no dijeron cosa ninguna del municipal acuerdo; callaron como muertos. El Rey sólo habló para quejarse, viendo la cesta donde iba la comida para su familia, de que la hubiesen retardado una hora, inquietando sus por extremo inquietos ánimos; y al pedir el cuchillo y no encontrarlo de que le creyeran por tal extremo cobarde, que atentase á su vida y se levantara en el suicidio contra las leyes divinas y humanas, arrogándose facultades y poderes, sólo residentes de suyo en la divina Providencia. Luis tenía con justicia fama universal de glotón. Aunque algunos le llamaran borracho también, este vicio no entraba en los defectos suyos; pues si comía mucho, no bebía tanto. Sus comidas de Versalles alcanzaron grande reputación allende la frontera patria. El pollo, que devoró la mañana del diez de Agosto en su refugio, ante la Legislativa, no lo hubiera digerido, si tomara en cuenta lo mucho que se lo afearon sus enemigos y sus amigos también. Al volver de la sesión última en sus audiencias y entrevistas con los convencionales, volvió casi ayuno, y según los relatos del comisario Albertier, se comió seis chuletas, media gallina, muchos huevos, y se bebió dos vasos de vino blanco, uno de Alicante, yéndose luego á dormir repleto y ahito como un verdadero fraile. El día que podríamos llamar de su capilla, pues á la mañana siguiente debía morir Luis, comió poco, muy poco, partiendo con sus dedos el pan y cortando la carne con su cuchara. Pero dejemos estas minucias poco históricas, y vamos, tras todo esto, al capital asunto de aquellas trágicas escenas, vamos á la confesión del Rey. Tal negocio de la otra vida resulta en esta vida social importantísimo, porque revela un estado particular de aquella sociedad. Uno de los más transcendentales errores cometidos por los revolucionarios, fué sin duda el propósito y proyecto de arreglar el clero á su guisa, prescindiendo por completo de los dogmas y de los cánones católicos. Resumen la revolución de todas las revoluciones anteriores, no podía exentarse de tomar también un carácter teológico. Los artistas del Renacimiento habían hecho la revolución estética; los descubridores del Nuevo Mundo la revolución territorial; aquellos célebres monjes, que se llamaban Savonarola y Lutero, la revolución teológica; Bacon y Descartes la revolución filosófica; los revolucionarios franceses, hechura de todos los anteriores revolucionarios, debían hacer una revolución verdaderamente sintética, la cual no podía menos de tocar por algún lado á los dogmas y á los cánones eclesiásticos. Pero, cómo los tocara con patentísima torpeza, ingiriéndose donde no podía ingerirse, allá en esferas privativas de los concilios y de los Papas, sin darse cuenta ella misma, mal de su grado, y contra su conciencia, iluminada por el principio de libertad, provocó los conflictos religiosos, cuyos efectos y consecuencias dividieron